

con que la posteridad solo cubre las tumbas de los muertos ilustres: la ha conquistado y está tranquilo. Vive en la apoteosis: sereno como Júpiter despues de haber obtenido á Leda. Herten es el emigrado de Lóndres: el emigrado de Ginebra: el que llamaba á los esclavos á que se levantaran, con estilo tan vivísimo, que parecia la trompeta del juicio final llamando á los muertos á la resurrecion: el que contaba á Castelar sus conspiraciones audaces, el que le manifestaba sus empeños revolucionarios, el que le hacia sus confidencias mas íntimas.

¿Para qué he de analizar las semblanzas que restan? Si no las leéis por lo que haya dicho y por lo que pueda decir, no tendreis idea de ellas. Las noticias que dá, los períodos que pinta, las descripciones que hace, las bellezas de pensamiento y de estilo que en ellas hay, necesitan verse, leerse, examinarse por uno mismo. Aunque distraido con otras obras, yo creo que Castelar no abandonará esta. ¡Hay todavía en Europa tantos personajes que retratar! Empezadas estas semblanzas en los dias de la emigracion y de la tristeza no es justo que las detenga en los tiempos de la prosperidad y de la bienandanza. Afortunadamente ya, ni siquiera es ministro, y puede proseguirlas.

LII.

Los artistas deben á su estancia en el ministerio la creacion de la escuela de Bellas Artes en Roma. La noche que reunió á aquellos en los sa-

lones del ministerio de Estado, manifestó que sabia la historia del arte mejor que muchos de los artistas allí presentes. Hoy, sin abandonar la política, porque seria como haber pedido á Garrits y á Talma que hubiesen abandonado la escena, se dedica á sus trabajos literarios.

Decir que los editores buscan sus libros y se los pagan al mas alto precio á que en España, donde tan poco se lee, pueden pagárselos, es decir lo que todo el mundo sabe: recordar que por una publicacion recibió de los Estados-Únidos doble cantidad de la que se habia pactado, ¡tan bien le pareció al editor!, es repetir lo que por entonces dijeron los periódicos: añadir que su imaginacion con el tiempo parece hacerse cada dia mas brillante: la esfera de sus conocimientos agrandarse, su estilo embellecerse mas, su diction hacerse cada dia mas correcta, es cosa que lo vé todo aquel que quiere leer sus últimas producciones. Él quisiera terminar varios trabajos. La filosofia de la historia de España, á lo menos, ya que no la de la historia universal, llama extraordinariamente su atencion, tanto mas cuanto que nadie, ó casi nadie, se ha ocupado de esto aun en nuestro país. Nuestras historias son relatos de hechos; cronicones pesados que aglomeran sucesos sobre sucesos y que no manifiestan el espíritu á que obedecen, la ley que los preside. Lafuente ha tomado mejor camino y ha intentado algo en este sentido. A Castelar le toca completar la obra. Si Lafuente ha escrito la Historia de España con mas ideas filosóficas que todos sus antecesores, á Castelar le pertenece de derecho hacer la filosofia de la historia de España. Y creemos que la hará para su gloria y para la de su patria.

A mas de este trabajo, concluye otro para el editor de esta poblacion don Manuel Rodriguez, que se titulará: *Historia del movimiento republicano en Europa*. Creemos que formarán parte de esta obra los estudios hechos por el ilustre historiador sobre este mismo asunto para una revista norte-americana. De todas suertes el libro en promesa parece ser digno de la reputacion del que le escribe. Se hacen de él grandes elogios sin haberle leído, y los que han sido bastante afortunados para haber obtenido oír un trozo de él, cuentan maravillas. De antemano nos atrevemos á decir que estas maravillas serán mayores aun de lo que se cuenta.

Trabajador era Castelar al principio de su carrera, trabajador es hoy: activo era, activo es: era artista, cada día lo es mas: orador académico era y hoy es orador parlamentario. Sus facultades se han engrandecido con los años y con el uso de ellas. Nació en humildísimos pañales, y, válgame la métafora, hoy ha sido considerado por los dioses inmortales digno de morar con ellos en el Olimpo. Hoy es la gloria de España.

Cuando sus tareas le dejan algun rato de ocio, ó cuando tiene que buscar un rato de descanso, porque son excesivas sus tareas, se va á pasar unos días á Cienpozuelos, pueblecillo próximo á Madrid. Allí descansa y se fortifica: allí se embriaga con los amores de la naturaleza que él idolatra; allí observa los matices del Campo, los colores de las nubes cuando el sol sale y cuando espira: aprende los cantares de los pájaros, estudia los ruidos misteriosos de las hojas, bebe como un néctar divino la luz de las estrellas cuando anochece, y todo esto lo traslada despues

á sus libros en párrafos que parecen estrofas y en capítulos que parecen idilios. La naturaleza es la mejor de las musas de Castelar.

Diremos una última palabra sobre un asunto que preocupa á muchos curiosos: «¿Se casará Castelar?» preguntan. Yo no lo sé si se casará; lo que si sé, es, que si se casa, lo hará con una señorita... (cometeré la indiscrecion de decirlo ya que se dice por círculos y cafés,) se casará con una prima suya. Yo lo he oído de sus propios labios. No hace mucho oí á un ferviente admirador suyo, que hablaba con ática gracia, decir: «Me alegraría ser mujer, para poder casarme con él.» Yo no diré tanto. Me alegraré verle casado con la mujer que él ha creído digna de él, porque ella añadirá poesía á su poesía, sentimiento á su sentimiento, y siendo su esposa, sabrá ser tambien su musa.

LIII.

Dispuesto á acabar este libro en el capítulo anterior, un nuevo acto político que marca una nueva tendencia del gran tribuno, me obliga á escribir algunas páginas mas.

El 8 de julio ha pronunciado un discurso, elocuente como todos los suyos, pero conservador de todas veras. Creíase por muchos que seria algun gran acto político este discurso, y no era mas que una esposicion de la manera que él tiene de considerar la situacion. Las tendencias conservadoras que venian observándose en el gran orador, se destacan en él de una manera evidentísi-

ma. No hay que decir que los rojos le anatematizan duramente.

Castelar habló aquel día con cierto embarazo, no hay por qué negarlo. La actitud de las Cortes era dudosa aun. Fué aplaudido; pero menos que otras veces. Para el pueblo que sabe poco y que no vive mas que en los clubs y en ciertos casinos de bajo republicanismo, Castelar se deshonoró aquel día y acabó de perder su consecuencia. Para otros republicanos mas pensadores, Castelar se sacrificó aquel día. Como Ifigenia se sacrificó por los reyes, el antiguo catedrático de historia creyó sacrificarse aquel día por la patria y por la república. Sacrificó su consecuencia, su reputacion, su popularidad en aras de uno de los dos términos de esa creacion que se llama república, en aras del orden. El tribuno pidió aquel orden y reformas, porque si las clases populares estaban ávidas de reformas, las conservadoras lo estaban de orden. Abogó en favor de la conciliacion con todos los elementos liberales, su eterno tema desde el nacimiento de la república. Hemos censurado en otra página esta idea, á lo menos en la forma en que Castelar la entiende. ¿Quieren los elementos liberales aceptar la conciliacion, aceptando la república federal? Si es así, acepto la conciliacion. Pero como los elementos liberales, si se unen en todo caso á la república, no lo harán nunca á la republica federal, de ahí resulta que ellos no se unen á Castelar sino Castelar á ellos, lo cual es muy diferente. Y luego el tribuno disparó con notable falta de lógica terribles dardos contra la república unitaria, cuando no á otra cosa puede llevarnos la conciliacion, y gracias que se detenga ahí. La conciliacion es bue-

na, porque robustecería la situacion; pero muy mala, porque jamás dará de sí una república federal. Es de sentir que el partido republicano se haya dividido en dos parcialidades, porque cada una de ellas ha buscado apoyo en los elementos que le eran afines: la presidida por Castelar en los conservadores de todos matices: la presidida por Orense en los internacionalistas de todos géneros. Castelar mas conservador cada día, es el resultado de Orense mas intransigente cada hora.

Castelar desde hoy en adelante tendrá triunfos parlamentarios, triunfos académicos; pero ya no tendrá triunfos populares. Aquella magia que tenia para con el pueblo, ya no la tendrá. El pueblo, que piensa poco y que se impresiona mucho, y que no ve los obstáculos que hay que superar en toda revolucion, ha dicho que Castelar era un apóstata mas.

Malos son todos los extremos, malas todas las intransigencias. Los mejores sistemas de gobierno llegan á hacerse imposibles cuando la ambicion de cada partido quiere suplantar su idea, mas que por labrar el bien del país, por apoderarse de la fortuna pública y disponer de ella á sus anchas.

En la historia hay á veces parecidos singulares. Escuchad uno. En el primer período de la segunda época constitucional en 1820, el nuevo cambio político se celebró con regocijo, tanto por los liberales, como por los indiferentes y positivistas, que creian cerrada ya la era de los trastornos: al advenimiento de la república sucedió lo propio. En aquel entonces se puso un furioso empeño por parte de los constitucionales en volver las cosas al estado de 1812, lo que produjo

una tirantez violenta entre el rey y ellos: hoy los intransigentes han querido extremar de tal modo las ideas republicanas, que han atraído sobre la república los recelos y las desconfianzas de los partidos conservadores, que hoy lo son todos, menos el republicano. Los ministros estaban entonces satisfechos porque se habían impuesto al rey y traído al gobierno sus ideas políticas, siendo al mismo tiempo difícilísima su situación, por las dificultades de gobernar que hallaban; ministros republicanos ven satisfecha la aspiración de toda su vida, pero apenas pueden gobernar. Aquella situación era mirada con malísimos ojos por parte de los gobiernos europeos; la república actual no es mirada con mejores. El masonismo de entonces, siendo una salvaguardia contra proyectos realistas, era al mismo tiempo una conjuración permanente contra el gobierno; la intransigencia de hoy, sin servir de nada contra los carlistas, es el embarazo eterno de los ministerios. Los ministros anónimos del café Lorencini se imponían al gobierno: los del centro reformista han hecho hoy lo propio. Masones, anilleros, comuneros y carbonarios se dividen y se subdividen, se combaten y se destrozan, se desgarran y se asesinan, entonces, en tanto que los realistas á su imitación iban formando, para exterminarlos en su día, asociaciones, como la Junta Apostólica, la Concepción, el Ángel exterminador; hoy, el Centro reformista desconoce al gobierno, el Centro de Capellanes al gobierno y á la Asamblea, y los clubs al gobierno, á la Asamblea y creo que hasta la nación. Una ley llegó hasta señalar entonces los casos en que el soldado debía rebelarse contra sus jefes: hoy se

ha llamado á la rebelión del ejército *santa indisciplina*. La ciudadela de Valencia sublevada, Cádiz y Sevilla en rebelión, todo desquiciado, todo trastornado entonces: hoy Málaga y Sevilla y Andalucía entera trastornada. Alcoy asaltado por hordas de caníbales, Barcelona conteniéndose difícilmente, y Cartagena constituyéndose en cantón independiente. ¿Y cuál fué el resultado de todo aquello? la mas espantosa de las reacciones, la del 23. ¿Y cuál será el resultado de todo esto? Si no hay un poco de patriotismo, si no se cortan á tiempo las querellas entre los republicanos, la mas vergonzosa y espantosa de las reacciones: la de Carlos VII.

Todos tienen la culpa de lo que pasa: el gobierno por no haber iniciado las reformas mas precisas; los intransigentes por haber fomentado rebeliones; la Asamblea por no haber hecho nada. Ah! El castigo será tambien para todos, y quiera Dios que no llegue un día en que la nación, para no caer en la vergüenza y en la barbarie del absolutismo, se postre delante de un general cualquiera, de Serrano por ejemplo, y le diga: «Atame ó haz de mí lo que quieras, pero libértame de los que me oprimen y de los que me oprimirán: de republicanos que no han sabido serlo y de carlistas que serán los de 1814 y los de 1823.»

LIV.

De todos modos no debemos juzgar á Castelar demasiado severamente por la actitud que ha tomado en vista de las circunstancias que nos ro-

dean. Los hombres mas grandes se empequeñecen algo en medio de las contingencias de la política, en medio de los dolores y de las perturbaciones sociales.

Sea lo que sea, y suceda lo que suceda, Castelar tiene un nombre universal y pertenece á esa raza de titanes del pensamiento, que abundan tan poco en la historia. Cuando estuvo en Suiza y vió, cerca de Ginebra, á las orillas del lago Lemán, la casita misteriosa donde Byron pensó y soñó maravillas tan espléndidas: los árboles que dieron sombra al inmortal filósofo de Ginebra, á Rousseau: las piedras que pisó Voltaire cuando se reía con aquella risa, mas fuerte para derribar instituciones que los pensamientos mas poderosos: los arroyos delante de los cuales se sentó Mad. Stael, la enemiga de Napoleon: el suelo sobre el que Gibbon colocó muchas veces las hojas de su historia de la decadencia de Roma, cuando vió esto, debió dirigirse á las sombras de todos aquellos grandes hombres, errantes aun de seguro por las orillas del lago, y decirles: «Soy de los vuestros.» Castelar se parece mas que á Calderon, Shakespeare, Miguel Angel y Platon, á Rafael y Murillo. De aquellos tiene el amor á la soledad, cierta especie de cenobitismo artístico, sin tener su carácter gigantesco y extraordinario: de estos su amor hácia la gracia y hácia la belleza, sin tener su adoracion hácia el tipo eterno de toda hermosura, la mujer. Castelar no tendrá nunca una Fornarina.

Y si merece ser colocado entre los mas grandes génios, merece ser puesto al lado de nuestros mas grandes políticos. Oliveros, Muñoz Torrero, Villanueva, Bernabeu y el mismo Nicasio Gallego,

que tanto sufrieron por la libertad, le tenderian la mano y le dirian; «Ven con nosotros.» Canga Arguelles, Feiú, García Herreros, Calatrava, Mendizabal y el divino Arguelles, encerrados un dia en los presidios y castillos de Peñíscola, de Benasque, de Alhucemas y de Melilla, le tenderian los brazos y le dirian: inmortal, ven con los inmortales.»

Yo le reconozco muchos títulos; yo sé todos los merecimientos que tiene á la gratitud de España. Sin embargo, cuando sus ojos se apaguen, y quiera Dios que viva muchos años aun para dicha del país que le ha engendrado; cuando su corazon que tanto ha latido por la causa de los oprimidos y de los desheredados, calle y se duerma eternamente, arrullado por el coro de los sentimientos que le han vivificado siempre; cuando su razon ya no vierta esa cascada de centellas con la que ha quemado tantos errores, y caiga en el océano de las cosas inanimadas y muertas, cuando el polvo de oro de sus pensamientos ya no brote de su titánico cerebro y no pueda perderse, como hoy, en el éter, y salpicar con su gloria las estrellas, inmóviles en su meditacion de lo absoluto; cuando muera, en fin, sobre el nicho del Panteon Nacional donde repose, yo no pondria otra inscripcion que esta: «Aquí yace el propagador de la democracia española.» Despues cogeria la estatua de Miguel Angel, la Noche, cargada con todos los sueños y todos los pensamientos que la iluminan y que la adormecen, la pondria sobre el sepulcro y diria á los dos, al hombre y á la estatua: «Dormid en vuestra bienaventuranza.»